

Juan José Morosoli



Achurero

textos.info
biblioteca digital abierta

Achurero

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8641

Título: Achurero

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 28 de julio de 2025

Fecha de modificación: 28 de julio de 2025

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Achurero

Siempre ardía, en la noche el fogón de Farias. El resplandor del fuego y el lengüeteo de las llamas salían puerta afuera y jugaban en el tartagal del patio como un viento de luz.

Farias iba y venia con su tridente enorme. Se detenía a veces frente a la olla de tres patas donde hervía la grasa.

La sombra se alargaba por la pared, subía hasta el techo, doblándose, y quedaba allí mirando para abajo.

Algunos perros rondaban el rancho en busca de desperdicios. Cuando alguno muy atrevido aparecía en la puerta. Farías le arrojaba un cucharón de grasa hirviendo en tanto exclamaba aludiendo a las gentes de ranchada cercana:

—... que los lambió! Muertos d´hambre y llenos e perros!

* * *

Farías era achurero y derretidor de grasa, pero su especialidad era el “arreglo de vacaraises”

Su trabajo empezaba en la noche cuando terminaba la carneada. Los carros que iban a buscar las reses al matadero descargaban allí la grasa sobrante de los puestos de carne. Al volver, cargados ya, sangrantes y pesados, vaciaban los cajones de achuras para que el viejo las preparase.

* * *

Farías colocaba las achuras sobre las tablas adosadas a la pared. Separaba, clasificaba. Primero los mondongos, como alfombras verdes, uno encima del otro. Luego los racimos de tripas y chinchulines, los intestinos de oveja o cordero de retobar los chotos o torcidos.

Al fin, colgados del degolladero, los nonatos o vacarayes estirándose hacia abajo.

Los enviones de luz los contraían o alargaban como si estuvieran vivos.

Parado frente a ellos Farias “les calculaba la edad”.

Mientras las achuras escurrían el agua de la lavada, él aprontaba el mate y rastrillaba algunas brasas, acercándolas a la parrilla petiza, cargada con la flor de la carneada. Tomaba algunos tragos de caña y se sentaba en el cabezal de la puerta a matear, mirando hacia afuera.

La luz danzante de las llamas lo empujaba de atrás hacia la noche.

* * *

Cuando le parecía comía y empezaba el trajín. Las manos suaves y blandas, como sin huesos, destrenzaban tripas, desprendían festones de grasa o vaciaban los intestinos en un juego de tirones suaves. Los dedos parecían ver entre el enredo palpitante del achurerío.

Con hábiles cortes iban apareciendo los rosquetes de chinchulines a los que cerraba por las puntas con rápidos nudos de piolín acarreto. Luego armaba los chotos, cortando las tripas gordas en filetes parejos, que envolvía luego con los finos intestinos de oveja, con lo que quedaban perfectos como cuerdas. Al fin se ocupaba de los “vacaraíses”.

* * *

Preparar bien el vacaray sin destrozarlo es cosa difícil, que sólo Farias sabía hacer perfectamente.

—Meterle cuchillo es fácil... pero... ¿Y?... Es una carne como seda, que se abre de nada.

Él los aprontaba para asarlos enteros, rellenos con sus propias achuras. Había que vaciarlos de entrañas, arreglar éstas como hace un cirujano para una operación, todo dentro.

—Aprontar un vacaray relleno de entrañas es asunto serio, ¿no Farías?

—Es. Viene de los indios, responde.

—¡Ajá! ¿Y usted es raza de indio?

—Talvé... Creo que mi abuelo era... Dicen q'era...

* * *

Acercaba el instrumental para la faena como hace un cirujano para una operación. El lebrillo para recoger la sangre. El cuchillito lengua de víbora. Los espeques de guayabo, lustrosos y finos para tener abiertos los costillares.

Empezaba.

—¿Ve? Clava el cuchillo en la ollita y lo baja derecho.

Con la otra mano, haciendo fuente en el vientre, recoge las achuras.

Después lavar. Con salmuera tibia.

Se detiene a mirar los ojos del animalillo, cerrados. Los dedos apartan los párpados como abriendo una flor.

Le seduce ese visteo. Los ojos parece que se hubieran ido, con miradas y todo, de regreso, que no estuvieran ya allí. O que nunca hubieran estado. Al fin las pezuñitas de ámbar. También llevan en la entrepezuña un espequecito.

—Como si fueran a pisar. ..

Aquel goce de los dedos abriendo el sueño del animal y aquel placer de separar las pezuñas, repugna. Ahora mete vientre adentro todo el juego de achuras. Es el fin.

—Mañana don fulano se lo pasa abajo el bigote...

Tenía la clientela clasificada. Hay a quien le gustan casi sin huesos. Otros los apetecen ya sobre el tiempo de nacer.

* * *

Cegatón y viejo Farías.

Cada vez llevan menos achuras. Menos “vacaraises”.

—Mandan todo a Montevideo, dice... Montevideo se come todo...
Cualquier día nos come a nosotros...

* * *

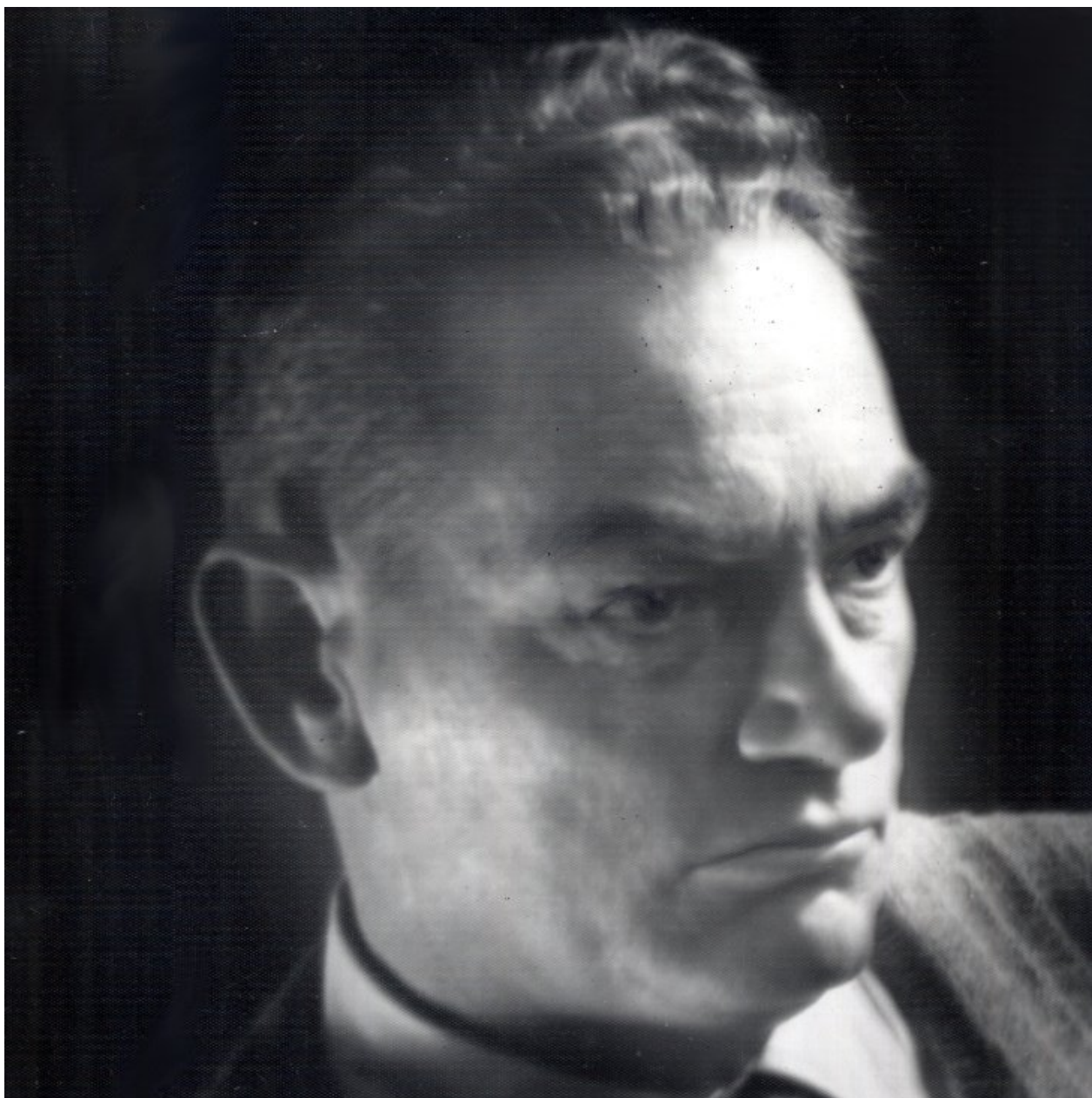
Una noche no ardió el fogón de Farías.

Sin duda se le alargó el trago de caña. El cuchillito lengua de víbora se clavó en un muslo y por allí, despacito, despacito, se fue Farías.

Era un tajito de nada, ancho como una uña.

Suplemento dominical de El Día, Año XVI N° 759 Montevideo, 3 de agosto de 1947.

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables,

forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.